

“Tú eres bendita entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre”

Lc 1, 39-48

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Lectio Divina

Feliz de ti por haber creído

“Feliz de ti por haber creído que se cumplirá lo que te fue anunciado de parte del Señor”. Nuevamente beatifica Isabel a María. En efecto, Isabel, elogia a María, “que creyó,” por lo que se realizarán en ella los misterios anunciados de parte de Dios. Con ello se exalta la fe de María.

María es “La que ha creído” y el acto de fe en el ángel, la constituye en María, Madre de todos los creyentes en Jesús, nuestro Salvador. Esto no fue oculto a Isabel, por eso llama a María, “Quién soy yo, para que la madre de mi Señor venga a visitarme?”. En otras palabras, reconoce a María como la Madre Dios.

Bella enseñanza la de María, ella es feliz, es dichosa, porque ha creído, porque ha aceptado la Palabra de Dios que llegó a su corazón.

Ojala, la palabra de Dios, lleguen en estas fechas tan llenas de esperanza, a los corazones de todos los hombres y sea aceptada con amor, y así poder recibir las bendiciones del Señor.

Dichosa en todo María, a quien ni faltó la humildad ni la virginidad.

«No es difícil —dice San Bernardo— ser humildes en el silencio de una vida oscura, pero es raro y verdaderamente hermoso conservarse tales en medio de los honores» (Sup. «Missus.» 4, 9). María Santísima fue ciertamente la mujer más honrada por el Señor, la más elevada las criaturas, y sin embargo, ninguna se ha rebajado y humillado tanto como ella. Se diría que parece existir una porfía entre Dios y María: cuanto más la ensalza Dios más se oculta María en su humildad.

El ángel la saluda «llena de gracia» y María se «turba» (Lc 1, 28-29). Explica San Alfonso: «Se turbó porque, siendo tan humilde, aborrecía toda alabanza propia y deseaba que solo Dios fuese alabado» (Las glorias de María, II, 1, 4).

María todo lo atribuye al Señor, cuya misericordia ensalza, confesando la bondad porque miró con bondad la pequeñez de su servidora. Dios ha obrado en ella a cosas: lo sabe, lo reconoce, pero en lugar de gloriarse en su grandeza. Todo lo dirige profundamente a la gloria de Dios. Con razón exclama San Bernardo: «Así como ninguna criatura después del Hijo de Dios ha sido elevada a una dignidad y gracia iguales a María, del mismo modo ninguna ha descendido tanto en el abismo de la humildad» (4 Serm. fest. B.V.M. 3, 3). Este debe ser el efecto que deben producir en nosotros las gracias y los favores divinos: hacernos siempre más humildes, siempre más conscientes de nuestra nada.

En efecto, sólo Dios puede realizar en nosotros y por medio de nosotros obras maravillosas, pero no las hará si no nos ve sincera y profundamente humildes. Sólo la humildad es el terreno fértil y apto para que fructifiquen los dones del Señor; por otra parte siempre será la humildad quien haga descender sobre nosotros la gracia y los favores de Dios. «No hay nada —dice Santa Teresa— que así le haga rendir como la humildad; ésta le trajo del cielo en las entrañas de la Virgen» (Camino, 16, 2). (Intimidad Divina, Padre Gabriel de Santa Maria Magdalena OCD)

De Corazón